

centenario de rubén darío y muerte de oliverio girondo

ALBERTO BLASI BRAMBILLA •

EL 18 de enero de 1867 nació en Metapa, aldea de Nicaragua, el niño Félix Rubén García. Sus biógrafos luego, buscando singularidades allí donde sólo era dable hallar uniformidad, le agregaron el apellido materno, Sarmiento. Pero él no lo necesitó para rehuir la siempre incómoda sensación de la vulgaridad, llevando al más alto pináculo de la fama su seudónimo de *Rubén Darío*, a punto tal que lo hizo inscribir, en esa época de Registros Civiles fáciles y rápidamente convencibles, como nombre propio; y que lo transmitió como tal a su mismo hijo.

El 18 de enero del presente año, por lo tanto, se cumplió el centenario de su nacimiento; un hecho, en fin, que al igual que si se hubiese cumplido el centenario de su muerte, sirvió para demostrar que Rubén Darío está maravillosamente vivo, aún mucho tiempo después de su periplo terrestre.

Dada la fecha del aniversario, verano para nuestro hemisferio, los países de habla hispana prolongarán la conmemoración prácticamente durante todo el año; pero más que a los avatares del recuerdo, queremos plantearnos aquí por qué Rubén Darío tiene esa permanencia innegable en las letras; permanencia de escritor que se lee a pesar de las modas, en lo que tiene de esencial, más allá de las obligaciones impuestas por los programas de literatura de la enseñanza secundaria, y por las modalidades de los conservatorios que van cediendo su paso a las instancias de la vida moderna.

Rubén Darío fue un niño prodigio y conservó esa condición, propia de su ingenio volcánico, durante toda su vida, y aún en las jornadas de su más allá. Cuentan que llenaba con sus versos ciertos

cuadernos adolescentes, que fueron a parar a una especie de piñata, durante festejos municipales de la escuela de segundas letras de su León natal. Después, todo en él fue vertiginoso: los amores, las escapadas del hogar, el periodismo, los versos, los estudios abandonados, los destinos diplomáticos, los viajes, la gloria y el vino. Todos estos dones corrieron a raudales por sus venas o por su mesa, y de todos ellos usó a discreción, haciéndoles, a la vez, una mueca cortesana de gran señor de sí mismo, y tratándolos de conocer en su intimidad. De tal modo fueron sus amigos de tránsito mundano reyes y presidentes, los principales escritores y magnates, como lo fueron ciertos personajes de indefinible categoría social, y las botellas, hermanas fatídicas que lo llevaron al *delirium tremens* y a la cirrosis, como consecuencia de la cual había de morir, en 1916, en la sala de operaciones.

Fue bohemio a carta cabal, y proclamó la torre de marfil; sin embargo, bajó de ella muchas veces, para pegar gritos estentóreos, tanto para acusar a los Estados Unidos de estar violando el espíritu de Latinoamérica, como para proponer el Panamericanismo, idea de la que fue remoto —e ignoto— precursor. Fue, evidentemente, el último representante de un modo de escribir que era asimismo un modo de vivir. Pero si se repitió bastante en el segundo, llevó el primero a las alturas de una originalidad insospechada, renovando todo y sometiendo todo al tamiz de una severa, escrupulosa novedad. Quizá la supervivencia de Darío estriba en el ser uno de esos escritores definitivos, que hacen preguntarse a los que lo siguen si vale la pena el seguir escribiendo después de haber escuchado su mensaje. Evidentemente, también, dentro del estilo Darío, no se pudo dar nada más perfecto. Es la perfección total, que reconoce ciertos antecedentes y ulteriores imitadores, pero que no hay quien superar. Claro que para leer a Darío en nuestro tiempo hay que armarse de ciertas

selectas virtudes, como la paciencia, la temperancia y la comprensión; pero si uno las posee, y tiene la facultad de no exasperarse ante ciertas manifestaciones de narcisismo literario, es seguro que hallará en la literatura de Darío un regocijo que se parece al éxtasis.

¿Fue un pagano Rubén Darío? No creemos que lo fuera, por lo menos en cuanto a rendir tributo a falsos íconos. No tuvo, es verdad, mayores preocupaciones metafísicas; sólo una idea deísta general, un principio fundador que no alcanzó a delimitar acabadamente, en medio de la confusión a la que su propia naturaleza le llevaba. Los alardes de su verso (la flauta de Pan, tantas veces utilizada por él; el laurel de Apolo, y otros más) no deben ser considerados sino como una imposición de su sentido ambiental de la poesía, en especial de la lujuriosa disposición de la rima, en la que pareció gozarse con insistente frecuencia. Más bien fue un voluptuoso, un drogado por su propia naturaleza meridional, que lo sumía en una duermevela parecida a la que producen las plantas estimulantes de los países centroamericanos. Y en esto fue inexorable. También lo fueron así los personajes que dimana su poesía, puesto que si nos fijamos con atención, veremos constantemente en ellas presencias antropomórficas. Don Quijote, ser naturalmente humano, es, sin embargo, el *Rey de los Hidalgos*, el *Señor de los Tristes*, en la lujosa nomenclatura dariana. Nada lo hizo por menos, porque ese sistema monárquico de la literatura, tuvo un cetro evidente: él mismo. Tanto ante sí, como para ante los demás.

Y ante nosotros, también, su posteridad. Dijimos que la obra de Darío está vigente. Quizás no se la lea en toda su extensión. Pero se la conoce, y se la lee en sus claves. Resulta inseparable de su nombre y de la percepción que tenemos de su estilo inconfundible. Y eso basta para justificar el recuerdo de un siglo, breve lapso de la vida de la eternidad, que, merced a nuestra simpleza existencial, a nosotros nos parece infinito.

● "GIRANDO, GIRONDO..."

"A veces profundo / y otras muy hon-do / se va por el mundo, / girando, Girondo...". La cuarteta, debida seguramente a la pluma incisiva y hábil de Nalé Roxlo, se publicó en la sección de epitafios —el "Cementerio"— del periódico renovador "*Martín Fierro*", órgano de la generación del 22. Quiso herir con alegría, solamente; ni herir, siquiera, en medio del continuo burla burlando que significaba esta sección del famoso periódico. Sin embargo, en su evidente rapidez, llegó a perfilar admirablemente la figura de Oliverio Girondo, que por entonces, como su apellido lo sugería, giraba por el mundo y por las letras, buscando un eje justificador para su hacer, como un verdadero trompo de colores, al que el movimiento renovador iba a deber una buena parte de su existencia.

Ese trompo se detuvo finalmente, y en el verano del corriente año, la vida de Oliverio Girondo se apagó en Buenos Aires. Había llegado a ser un símbolo, un verdadero mito de nuestras letras. Casi como un hito colocado al final del camino, sus "*Poemas para ser leídos en el tranvía*", eran lanzados a nivel de gran tiraje, por el bisoño Centro Editor de América Latina.

En los días extremos de su juventud, Oliverio Girondo vivió en Europa. En París, mejor dicho, ciudad convertida en continente aparte de Europa y, por supuesto, de América. Desde allí inundó a los escritores europeos con ese su libro de poemas; y ello le valió amistades envidiables. Ramón Gómez de la Serna, que comenzaba a firmarse RAMON, todo en grande, lo quiso conocer y lo llamó a Madrid. Era el tiempo en el que el ilustre español daba conferencias montado sobre la cabeza de un elefante, alumbrándose a la luz de una débil vela, o pintándose la mitad de la cara de blanco y la otra mitad de negro. Cuando Oliverio Girondo volvió a Buenos Aires, se encontró con el preludio del tiempo en que se re-

cibía a Marinetti, introductor del cubismo, con un banquete en el que todos los comensales se sentaron con sus sillas al revés, a horcajadas de ellas, y en el que las viandas se rociaron con unas inquietantes gotas de nafta. Todo ello es bueno de ser recordado, para comprender a Gironde, para atisbar el ambiente de la renovación en el que se vivía, y saber a ciencia cierta por qué su literatura fue como fue. Ayuda, asimismo, a comprender imágenes suyas tanto como gestos. Por ejemplo: al publicar su libro "El Espantapájaros", el primero de cuyos poemas está dispuesto en forma tal que semeja un ave de esas, resolvió promoverlo. No se le ocurrió mejor forma que hacer pasear una carroza por las calles de Buenos Aires, en la que viajaban quienes ofrecían el libro; pero en la que también iba un enorme espantapájaros, que el poeta conservó hasta el fin de sus días, a la entrada de su señorial residencia.

Otro sí: cuando llegó a Buenos Aires, después de haber publicado su libro primerizo, con poemas escritos en todos los puertos del mundo conocido, inclusive la Argentina, y en algunas ciudades interiores, Oliverio Gironde dictó el manifiesto que iba a fundar con caracteres generacionales al grupo del Martín Fierro. Los considerandos eran propios de su prosa-verso, puesto que hacían referencia a la impermeabilidad hipopotámica del honorable público tanto como a la funeraria solemnidad del historiador. Claro que había otras cláusulas menos inocentes, y que revestían menor carácter de ridiculizar al nacionalismo intelectual.

Frente a ese complejo panorama, Gironde proponía como programa para "Martín Fierro":

- 1 — la necesidad de definirse, de localizarse, y de ofrecer una nueva sensibilidad y una nueva comprensión;
- 2 — la aceptación de esas responsabilidades emergentes;
- 3 — la aceptación de que "todo es nuevo bajo el sol"; ;

4 — las preferencias que sentía por el trasatlántico, antes que por el palacio; el creer que la rotativa era una organización mental, y el preferir una revolución arquitectónica;

5 — creer en la importancia del aporte intelectual de América;

6 — tener fe en nuestra fonética.

Todo ello era así en esquema, siguiéndose también otras referencias a locomotoras, telarañas, y afanes renovadores. Claro que todo eso, dicho a machacamartillo una y mil veces, llega a cansar aún a los oídos más benévolo. Los jóvenes de entonces lo hicieron así, y repitieron sus consignas con puntual prolijidad. También cansan los poemas de Oliverio Gironde, si uno tiene el descuido de leerlos todos juntos en una tarde, o si, despojándose de la elegancia de exquisito que muchos lectores se autoendilgan, se los pone en sinopsis. Nada hay más parecido a uno de ellos que otro de ellos; y si sus imágenes son obligadamente distintas, es igual, por lo menos, el mecanismo que las rige. Hay hallazgos memorables, en ellos. Como decir, por ejemplo, que en Venecia se "respira una brisa de tarjeta postal", o que las chicas de Flores, tienen "los ojos dulces, como las almendras azucaradas de la Confitería del Molino". Y todo así, a través de todos sus libros: "Veinte poemas para ser leídos en el tranvía", "El espantapájaros", "En la masmédula...". Todo así. Pero Oliverio Gironde es genial e irreemplazable si uno lo lee fresca, descansadamente, figurándose hallar en un ambiente intelectual superior; o si se lo administra en dosis homeopáticas, teniéndolo en la mesa de luz como libro de cabecera. Entonces ayuda a vivir, ayuda a escribir. Entonces se siente, inclusive, que puede ser eterno.

Y ese es el homenaje que él mismo se labró; él, que rehuía la eternidad porque es demasiado larga para su tendencia a lo breve, y que miraba horrorizado la posibilidad de tener una estatua, por no merecer el saludo de los gorriónes. ♦

● EN TO

Resulta de los re hacer lit realizaci medio con de la Trad que lo re nuevamente bien conoci de su actua seudónimo, hermosa co tora de Pa tratados de da y medul con Félix C del Folklor tuto único concilian t folklórico y tudío del fo formulamos, tres pregun Folklore? 2 tradicionalis ra? 3) ¿Cu su obra lite

He aquí s

1) La Cas talmente u Se dictan a prácticos, cu conferencias materia en muestras de exposiciones Entre otras la Biblioteca el Museo Tre setti, la sala paneles alus el Gabinete etc. Inspirado tiende así a jor conocimi vernáculo, s aspecto de l pero, pues e que la Casa

● EN TORNO A LA TRADICION

Resulta útil conocer las opiniones de los responsables directos del quehacer literario: los escritores. La realización de diversos actos en nuestro medio con los que se conmemoró el Día de la Tradición, los certámenes literarios que lo recordaron, pusieron de relieve nuevamente el nombre de una escritora bien conocida ya en los diversos medios de su actuación: *Nusta de Piorno*, mitad seudónimo, mitad nombre real, en una hermosa combinación evocativa, de la autora de *Pañuelo de Yervas* y de densos tratados de investigación folklórica, honda y medulosa. Actualmente ejerce junto con Félix Coluccio la asesoría de la Casa del Folklore de Mar del Plata, un instituto único en su género, en el que se concilian todos los aspectos del hacer folklórico y de la investigación y el estudio del folklore. A *Nusta de Piorno* le formulamos, para *Panorama Literario*, tres preguntas: 1) ¿Qué es la Casa del Folklore? 2) ¿Existe una real corriente tradicionalista argentina en la literatura? 3) ¿Cuál es el desarrollo actual de su obra literaria?

He aquí sus respuestas:

1) *La Casa del Folklore es fundamentalmente un centro docente y cultural. Se dictan allí cursos regulares teórico-prácticos, cursillos especiales de folklore, conferencias ilustrativas que abarcan la materia en forma integral, se ofrecen muestras de arte y artesanías criollas, exposiciones músico-bibliográficas, etc. Entre otras dependencias, se cuenta con la Biblioteca especializada Martín Fierro, el Museo Tradicionalista Juan B. Ambrosetti, la sala Provincias Argentinas, con paneles alusivos a cada estado federal, el Gabinete de investigaciones regionales, etc. Inspirada en altos fines argentinistas, tiende así a promover a un mayor y mejor conocimiento de nuestro patrimonio vernáculo, sin descuidar el importante aspecto de las relaciones humanas; empero, pues es anhelo de sus directivos que la Casa del Folklore llegue a consti-*

tuirse en un rincón de amistad para los tradicionalistas de todo el mundo, ya que según se ha dicho, quizá sea el folklore el único lenguaje universal capaz de suscitar el entendimiento de los pueblos. Estímase que la actividad social es importante, pues en este terreno no basta la función didáctica: al folklore hay que compartirlo, vincularlo a las expansiones del espíritu para sentirlo y amarlo de verdad.

En la faz literaria se hace bastante y tiende a realizarse mucho más. Los salones están abiertos a toda inquietud y periódicamente se efectúan reuniones con gente de letras y de las distintas sociedades locales; se ha instituido el Trébol de Oro para el certamen anual de poesía Día de la Tradición (con miras a extenderlo a cuento y ensayo), con acto especial para la lectura de los trabajos premiados; se ofrecen ruedas literario-musicales, revistas orales de la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires, etc. Asimismo acaba de inaugurarse en la biblioteca, la sección Mar del Plata, con nutrido material bibliográfico local. Actualmente, con el profesor Félix Coluccio, con quien comparto la asesoría de la entidad, trabajamos en la organización de un ciclo sobre "El escritor y su obra" con ajuste a la temática de inspiración nacional. Entendemos que el escritor debe estar "en vivo", proyectándose a través de sus afanes y de su producción, y no transferido en un lector o intérprete cuya función artística o de circunstancias suele ser, aunque sonora y vistosa, sólo un reflejo de la auténtica creación. Dar prioridad a las letras argentinistas no configura actitud alguna en el sentido de ofensa o defensa. Hacemos nuestra tarea, sencillamente, como tantos.

Porque si no nos preocupamos en fortalecer las raíces vernáculos, sólo hemos de proyectar hacia el mundo, menguada estatura y descolorida sombra.

2) Creo que sí existe una discreta corriente tradicionalista, o si se quiere, costumbrista. Algunos autores toman esa

línea circunstancialmente, pero no la sostienen a través de toda su obra, o por lo menos en buena parte. El medio es un factor decisivo, si bien caben excepciones. El escritor del interior, más allegado al paisaje natural, a las vivencias autóctonas, a las resonancias históricas, aún a través de las más modernas (si las hay) y complejas formas de expresión, transmite un hálito, una vibración telúrica. A veces sin proponérselo; sin desearlo quizá.

Es posible que la literatura tradicionalista pueda fluir digna y libremente cuando al fin se entiende que no es deformando el idioma, ni salpicando el lenguaje con giros pseudo-gauchescos —por no citar la germanía de extramuros que algunos pretenden entronizar en el ámbito porteño, como dueña y señora... de la vulgaridad—, ni con cuadros pintorescos vistos desde la ventanilla de un tren, que se enriquecen las letras del país.

La tierra es una fuerza necesaria para el escritor. Una fuerza que él debe conocer, entender y sentir, para realizarse totalmente. Esto no ha de significar un encierro entre cuatro paredes nacionales, sin interesarse en lo que ocurre más allá. Todo interesa; los países, la gente, las costumbres, la cultura, porque de todo lo universal participamos, porque nos fundan sangres y elementos de las más variadas latitudes. Pero éstos, los de aquí, debemos ser "nosotros", con nuestro acento distintivo y nuestra única querencia.

3) Las de todo escritor: escribir y esperar.

Más concretamente: tengo en preparación un libro de investigación folklórica sobre el arte coreográfico argentino y sus antecedentes americanos y europeos, que se editará a mediados del año próximo; estoy reuniendo, con cierto optimismo, el material para un segundo libro de cuentos costumbristas; dicto conferencias en la Casa del Folklore y en otros centros de cultura sobre el tema de mi especialidad; escribo versos entre una pampa viva y una pampa de memorias.

Y espero. No el éxito ni la gloria, sino algo muy simple y menos abrumador:

sólo de vez en cuando, una pequeña señal indicadora del rumbo cierto, para saber que estoy andando, y no durando.

● APOSTILLAS

★ Las Ediciones Culturales Argentinas, de la Subsecretaría de Cultura de la Nación, han publicado nuevos títulos. Entre ellos figura "Fernando Fader", una magistral monografía sobre este famoso artista argentino, debida a Antonio Lascano González. Se trata de un trabajo de excelente precisión, bien planificado y mejor escrito, y con una abundancia y riqueza de documentación realmente ejemplar. Nuevamente el prestigioso sello editorial de Educación, brinda obras que sirven para reavivar la presencia de una verdadera y dinámica cultura argentina.

★ "Octubre en el Espejo" es el libro de cuentos de Martha Mercader, quien hasta poco tiempo atrás ocupara responsables funciones en la cultura bonaerense, y que es editado por Sudamericana. Toma su nombre de uno de sus relatos, que, en nuestro entender, no es el mejor del libro. En su conjunto, la obra aporta elementos interesantes para la comprensión de una década y media claves en la vida argentina. Pero en los relatos en los que la autora está más a nivel de cuentista contemporánea, son aquellos de buceo psicológico y de costumbres, como el que abre la obra, bien logrado y de original destreza técnica.

★ Elvira Amado es una poetisa honda, entrañable, de indudable sentido y sentimiento vívido. Sus poemas recuerdan páginas imborrables de la literatura británica y norteamericana, sin recoger influencias explícitas y manteniendo su propia voz personal. Entre la bravura de algunos giros expresivos e imágenes de fuerza inmediata, los poemas de Elvira Amado mantienen una indudable inclinación de humanidad. Vocación que se emparenta con todas las formas de la vida, sin duda alguna, y que "Pinturas Negras", su reciente poemario bellamente presentado por las Ediciones Cedro Azul de Bue-

nos Aires, se encarga de testimoniar, la presencia de una artista sutil, observadora, con cierta ironía y mucha fotosíntesis de angustia existencial auténtica y sin posturas enfermizas. Como la de este comienzo de su poema "La Noche": "No es fácil, tú lo sabes, determinar la muerte de la noche / la manera de hacerlo sin que la noche sufra demasiado / no es tan sencillo ajusticiarla amándola / después de conocerle su inocencia de tierno líquen rojo / su blandura de encaje...".

★ Arturo Cambours Ocampo es un escritor que tiene muchas y muy serias preocupaciones y que ha prestado hondos servicios a la crítica, al ensayo y a la poesía. Su libro inicial de poemas se tituló "Poemas para la Vigilia del Hombre", que reedita ahora en una cuidada presentación. Un poema de Arturo Capdevila, cálido y comunicativo, precede a los versos de Cambours, versos heridos por una vocación intimista que, de algún modo, los emparenta con formas perennes de la dicción poemática. Por ejemplo: "Tal vez no te acuerdes de mi voz. / Eso no importa. Lo esencial es que pueda decirte de nuevo: fue tan sólo el amor...".

★ "Sofía Acosta quiere, como el Paraná, andar y andar: excarcelar sus sueños". Eso afirma Juan Zanetti en el prólogo del libro de poemas de Sofía Acosta, titulado "Poemas del Agua", en el que esta autora radicada en Entre Ríos, pone nuevamente de relieve su vocación por la poesía fluminense. Sofía Acosta, que ha dado poemas de buena factura tonal, y con un acendrado cultivo de las letras, nos ofrece ahora una visión acertada del cuadro poético en torno a uno de los elementos vitales y sus ciclos.

★ Cristóbal Colón es una figura histórica singular, que, por las dramáticas y pintorescas alternativas de su

vida, despierta el interés codicioso de los investigadores y de los artistas, ansiosos de brindar su propia interpretación de esta figura, con idéntica codicia que la que impulsaba a los marinos de su tiempo a navegar en pos de las especias.

Nikos Kazantzakis traza un Cristóbal Colón distinto, indudablemente poético y pleno de indefinible belleza conceptual, en el drama homónimo que le destina, y que es publicado en Buenos Aires por las ediciones de Carlos Lohlé. Resulta verdaderamente asombroso, como Karantzakis, el recordado Premio Nobel griego, perteneciente a un sistema de cultura en medio del cual Cristóbal Colón es casi una anécdota y no una presencia vigente como entre nosotros, puede adentrarse en forma tan íntima en el personaje, radiografiar sus sentimientos y las pasiones que lo rodearon, decantarlo y depurarlo, para ofrecer después al lector —o al espectador del drama— a un Colón que, sin duda alguna, eleva las miras del público.

★ Julio Jaime Julia, escritor dominicano y difusor de la literatura de su país (perteneciente al grupo literario "Testimonio" que dirige Lupo Hernández Rueda) nos hace llegar la obra de un joven autor de ese país: se trata de "Hotel Cosmos" de Antonio Lockward Artiles. Lockward Artiles nació en 1943 en Santo Domingo. "Hotel Cosmos" es, explicablemente, su primer libro, un libro de cuentos, en los que el de mayor interés es el primero, un relato que se desarrolla en la época de la guerra civil dominicana y de la posterior invasión del país por los marinos norteamericanos. El cuento de referencia da su nombre al libro. En otros, se brinda un buen panorama de costumbres y retratos de personas de típico perfil local. Un buen testimonio, sin duda. ♦